

Año 1 : San José, 16 de Noviembre de 1918 : Num. 9

LECTURAS

Paladín de la Unión Centroamericana



Dr. SALVADOR MENDIETA
y el niño ANTONIO CRUZ

Precio: 20 CÉNTIMOS ejemplar



W. R. Grace & Co.

San Francisco - New York - New Orleans

Grace Bros. & Co. Ltd.

London - Liverpool - Manchester

Importadores y Exportadores

VAPORES

Agencia en San José - Pasaje Central

Charles G. HERDENAN,

Agente General.



San José, Costa Rica

16 de Noviembre de 1918

LECTURAS

Director: LEONARDO MONTALBÁN

Año I

Ciencias, Artes, Literatura y Variedades

No. 9

Editores; FALCÓ & BORRASÉ

DIÁLOGOS



—¿Y qué ha sido el cañoneo?

—Dicen que están celebrando
la fuga de un *uropeo*.

—*Pa* mí que ese perendengue
es que se juyó *pa* acá
esa tós que a ellos les dá...

—¿Cuál tos?

—Esa de *Omar Dengue*.

Página Histórica



Cariay o Cariari

II

Examinemos ahora los argumentos con que defienden su tesis los que, como el ilustrado Sr. Thiel, suponen que Cariay corresponde a nuestro puerto Limón.

El primero es la distancia. Según Pedro Mártir (*Década* III, libro IV, cap. I) la de Cariay a Zorobaró es de unas veinte leguas; pero entre la aseveración de este historiador, cuyas inexactitudes son numerosas, y la de un hombre del oficio como el piloto Diego de Porras, quien dice que hay 42 leguas (45, según Navarrete), no podemos menos de atenernos a la segunda. Adviértase que Colón denominó Cariay, no sólo el pueblo cercano a Quiribiri, sino toda la costa de Mosquitia, como se desprende de sus propias palabras.

La segunda prueba aducida por el señor Thiel es que la única isla que se encuentra a menos de una legua de la costa es la Uvita y que la isla de Booby, que según todos los indicios es la famosa Quiribiri, dista *cuatro leguas*. Esto es también un error: la isla de Booby (Pájaro Bobo) está a dos millas (v. Bedford Pim & Seemann, *Dottings in the roadside in Panamá, Nic. & Mosquitia*).

El tercer argumento es que «la tierra alta» de que hablan los historiadores no puede ser otra que Costa Rica; pero los dos autores que acabamos de citar dicen que «al Norte de Greytown la tierra se quiebra en una sucesión de valles y cerros, uno de los cuales, a diez millas de la costa, alcanza la considerable altura de 2800 pies».

El cuarto argumento alegado por el señor Thiel es el testimonio de algunos mapas antiguos (dato que le suministró el ilustrado don Manuel M. de Peralta). Veámoslos.—El mapa de Turín (año 1523) dice: «el cacique Cariaco» y lo pone al Norte de *Zarabaro* y antes de los *Farallones*; pero esto es simplemente una confusión, pues Cariaco es un golfo de Venezuela, terminado por los Farallones, y este

error lo rectifica terminantemente Fernández de Oviedo en el mapa anexo al tomo II de su monumental obra y en el siguiente pasaje del mismo tomo: «Desde el ancón de Cerebaro, primeramente la punta Blanca (la misma de hoy, no la punta Cahuita, como cree el señor Thiel), y *más al Norte* está un ancón lleno de islas que también las llama la carta moderna, Cerebaro; mas su propio nombre es *Cariay*». Y Fernández de Oviedo es testigo de la mayor excepción en este asunto, por el conocimiento que tenía de las tierras istmeñas.

La carta del Havre (1525?) coloca a Cariay cerca de los Farallones y del cabo Gracias a Dios, lo que autoriza para creer que estaba en la costa de Mosquitia.

La de Diego Ribero (1529) sitúa a Cariay entre Punta Blanca (el Simón) y el cabo Gracias a Dios, es decir, en la costa nicaragüense.

En el mapa de 1570 se lee de S. a N.: Cerebaro, Cabo Blanco, *San Juan*, Punta de los Mirabolanos, *Cariay* y el río Sagadero o de Caxinas.

En un mapa antiguo, pero sin fecha, que está en nuestra Biblioteca Nacional, *Cariay* está muy al N. del río San Juan.

Es de advertir que los españoles dieron el nombre de Desaguadero no sólo al río San Juan, sino a otros caudalosos de la misma costa.

Finalmente, el señor Thiel corrobora su argumentación con la semejanza entre el nombre *Cariay* y el de *Querei*, que los indios de Talamanca dan al Limón.

Fray Francisco de San José, en un informe del año 1703 (Doc. de L. Fernández, tomo V, página 421) dice: «Llegamos enfrente del puerto de *Querei*, donde bajaron los indios a hacer ceniza que les sirve de sal....»

Los piratas se llevaron la canoa al puerto de *Querei*, donde echaron los diez marineros que por la playa se volvieron a Matina, *veinte leguas* distante».

Como se ve, los indios de Talamanca han confundido el antiguo Querei (Old Harbom) con el actual puerto de Limón.

Don Ricardo Fernández Guardia, en nota que pone al pie del artículo del señor Thiel, señala la analogía entre Cariay, Querei, Cariaco, Caray, Tariaca y Cariaca, semejanza nada más que aparente.

Tariaca es nombre de origen mejicano (v. *Los aborígenes de C. Rica*) y sólo una

vez apárece en nuestros documentos históricos bajo la forma *Cariaca*, en la declaración de Juan Pérez, soldado de 22 años.

Querei parece ser el caribe «tortuga de carey». *Caray*, río que desemboca cerca del Limón (Doc. t. VIII, pág. 348) puede ser nombre tupí. «Los Tupis se llamaron a sí mismos *carai* (astutos), nombre con que ellos designaron a los españoles más tarde; luego se denominaron *guaranies* (guerreros) (Brinton, *The American Race*, p. 230).

Cariay, o *Caria-rí* como dice Las Casas, pudiera ser entonces el río Indio o Rama.

De paso diremos que en nuestros documentos aparece también *Cariare*, nombre de un indio de Boruca (tomo V, p. 146), lo que llama la atención, pues los borucas son de la familia Chibcha, diferente de la Tupi-guaraní.

Resumiendo los datos que los historiadores primitivos de Indias suministran sobre Cariay, resulta que este pueblo era muy numeroso, que poseía una civilización bastante adelantada, que habitaba a orillas de un grandísimo río, que el país era uno de los más pintorescos del mundo y que en sus inmediaciones había bosques de cañas tan gruesas como el muslo.

Todos estos caracteres topográficos concuerdan con los de la costa Mosquitia; además, en las inmediaciones del río Rama y en las islas se encuentran innumerables objetos de la industria indígena, lo que atestigua una población muy densa, parte de la cual se refugió en el interior del país para huir de los piratas que cautivaban a los ribereños para venderlos como esclavos, pues sabido es que los españoles nunca ejercieron dominio efectivo sobre ese territorio.

Nuestro puerto de Limón no puede ser el antiguo Cariay por las razones siguientes, fuera de las ya apuntadas:

1.^a Porque por su desabrigo y fuertes corrientes no se presta para carenar naves ni sus aguas son tan tranquilas que permitieran a los naturales ir a nado hasta las carabelas para ofrecer sus mercaderías. Tan mal puerto es para las embarcaciones de vela, que los españoles nunca lo utilizaron.

2.^a Porque era un paraje en extremo malsano, y como dicen Pim & Secmann (op. cit. pág. 126). «The Indians never selected ill-drained sites for their villages, and many of the healthy towns built by the spaniards

in America are in localities originally selected by the Indians».

3.^a Porque Cariay estaba inmediato a un grandísimo río y Limón no.

4.^a Porque en nuestro puerto no hay restos de poblaciones indígenas, ni los exploradores, ni conquistadores mencionan ningún pueblo importante en dicha localidad. No es creíble, por ejemplo, que Calero y Machuca, que en 1539 recorrieron nuestra costa oriental, hubiesen dejado de visitar o siquiera citar pueblo tan importante, ni mucho menos que éste se hubiese extinguido completamente en treinta y siete años, precisamente en la misma época en que Hernández de Oviedo sitúa a Cariay en las cercanías del río Rama.

Agréguese a esto que la Uvita no es propiamente una isla, sino un peñasco, y que no presenta aquellas manchas de palmitos, jobos y otros árboles frutales que sugirieron a Colón el nombre de *La Huerta*, y que *Quiriviri* o *Quiribri* es el nombre indígena del pájaro bobo (en inglés Booby), y se comprenderá por qué nos inclinamos a creer que no fué en Limón, sino en la ensenada del río Rama, donde el inmortal marino echó el ancla el 25 de Setiembre de 1502. Sus achaques le impidieron desembarcar en Cariay; de manera que siempre podremos consolarlos con la idea de que si no desembarcó en nuestro suelo, por lo menos sus ojos lo contemplaron con avidez cuando iba en busca de los tesoros de Ciamba.

C. GAGINI

Heredia, Noviembre de 1918.

Del vivir sin cuidados

¿Para qué me enseñas las reglas y los argumentos de los retóricos? ¿De qué me sirven tan pomposos discursos que nada aprovechan? Enséñame más bien a beber el precioso licor de Lieo, enséñame más bien a jugar al lado de la rubia Venus. Las canas cubren ya mi cabeza. Muchacho, dame agua, derrama en ella el vino que adormece el alma. En breve me enterrarás y el muerto nada desea.

ANACREONTE

➡ Nuestro Agente en Liberia es don Alberto Cortés C., Corredor Jurado, quien atenderá las solicitudes de suscripción a las publicaciones EOS, LECTURAS y RENOVACION.

Los CuENTOS de mi tía Panchita

El Tonto de las Adivinanzas

Había una vez una viejita que tenía dos hijos: uno vivo y otro tonto. Al mayor lo creían vivo porque era trabajador, amigo de guardar su plata y de plantarse bien los domingos. El otro gastaba en tonteras cuanto cinco le caía en las manos, y no le importaba un pito andar hecho un candil y le decían por mal nombre «El Grillo».

Un día llegó un vecino y les contó que en el pueblo habían venido a decir que el rey ofrecía casar a su hija, con aquel que le pusiera tres adivinanzas que él no pudiera adivinar, y que le adivinara otras tres que él daría.

Otro día se levantó el Tonto muy de mañana y dijo a la viejita:

—Mama, sabe que he ideao ir yo onde el rey a ver si me gano la hija. Quien quita que pueda yo sacarlos, a usté y a mano Pedro de jaranas.

—Jesús, apiate y mirá estas cosas,—contestó la viejita al oír a su hijo—. Callate Tonto de mis culpas y no me volvás a salir con tus tonteras. Y lo trapió y le dijo unas cosas que no me atrevo a repetir.

Pero el muchacho metió cabeza, y cuando la viejita lo vió fué ensillando a Panda su yegua. Entonces se puso a prepararle un almuerzo para el camino. Fué al solar a coger unas hojitas de orégano para echarle a una torta de arroz y huevo que le hacía, pero como aquella idea de su hijo la tenía atarantada, no se fijó en que, en vez de orégano, cogía hojas de otra yerba que era un gran veneno.

Por fin el hijo montó a Panda y dijo adiós a su madre y a su hermano los que habían hecho todo lo posible por convencerlo de que desistiera de su viaje.

La pobre viejita salió a la tranquera a verlo irse y le dijo:—Que Dios te acompañe hijó... Aquí nos dejás con el credo en la boca.... Vas a ver que con lo que vas a salir es con una pata de banco.

El muchacho no hizo caso y cogió el camino. Al mucho andar sintió hambre, desmontó y sacó de sus alforjas el almuerzo que le hizo su madre. Era en un lugar en donde no crecía ni una mata de hierba.

Sintió lástima al pensar que la pobre Panda iba a tener que ayunar. Entonces, aunque le tenía mucha gana a la torta, la cogió y se la dió a su yegua y él se comió un gallito de frijoles que bajó con bebida. Apenas la yegua se tragó la torta cuando cayó pataleando y en seguida murió, a consecuencia del veneno de las hojas con que la viejita condimentó la torta, creyendo que eran de orégano.

El muchacho se sentó cerca de su bestia a hacerle el duelo. En esto llegaron tres perros que se pusieron a lamer el hocico de la difunta. Para qué lo hicieron! En seguidita cayeron también pataleando y a poco murieron.

El Tonto hizo un hueco para enterrar a Panda y mientras la enterraba llegaron siete zopilotes que hicieron una fiesta con los tres perros. A poco los siete zopilotes pararon la vista y cayeron tiesos.

Entonces el Tonto que no era tan dejado como creían, secó sus lágrimas y se dijo:—No hay mal que por bien no venga.... Ya tengo mi primer adivinanza.

Siguió anda y anda y se encontró con una vaca que se había despeñado y que estaba en las últimas. La acabó de matar y halló entre su panza un ternero que ya iba a nacer. Lo sacó, asó parte de la carne del animalito y se la comió. Siguió su camino y vió unas palmeras de coco cargaditas de frutas. Como tenía mucha sed, subió a una, cogió unos cocos y se bebió su agua.

Por fin llegó al palacio del rey y se hizo anunciar como un pretendiente a la mano de su hija. Los criados y los señores se pusieron a burlarse:

—Lo que no han podido personas inteligentes lo va a poder este no-nosdejes!—decían y se morían de risa.

El rey le hizo algunas reflexiones:—que si no ganaba, lo ahorcaría y que ésto y lo de más allá, pero él no hizo caso.

La princesa se horrorizó al imaginar que tuviera que casarse con aquel Tonto, y por un si acaso, le propuso que si se salía con la suya, tenía que calzarse (porque era descalzo) y vestirse como los señores y que si no, no habría nada de lo dicho. Y el Tonto dijo que bueno.

Se reunió un gran gentío en el salón del palacio: el rey con su hija en su trono, los ministros, los duques, los condes, los marqueses y cuanta persona que era gran pelota en el país. Y va entrando mi Tonto muy en ello y con mucha tranquilidad, como si estuviera en la cocina de su casa, dijo:—Allá te va la primera:

«Torta, mató a Panda
Panda, mató a tres;
tres muertos mataron a siete vivos».

El rey se puso a reflexionar y fué de reflexionar como una hora, y nada. Por fin se dió por vencido. El Tonto explicó: Una torta que se comió Panda mi yegua, la mató; llegaron tres perros, le lamieron el hocico y en seguida murieron; bajaron siete zopilotes, se comieron a los perros y luego también murieron.

El Tonto dijo:—Allá te va la segunda: «Comí carne de un animal que no corría sobre la tierra, ni volaba por los aires, ni nadaba en las aguas».

Vuelta el rey a cavilar y al cabo de una hora se dió por vencido. El muchacho explicó:—Encontré una vaca que se había despeñado y que estaba boqueando; la acabé de matar y le saqué de la panza un ternero que estaba para nacer. Lo asé y comí de su carne.

Luego el muchacho dijo:—Allá te va la tercera: «Bebí agua dulce que no salía de la tierra ni caía del cielo».

Tampoco pudo esta vez adivinar el rey y el Tonto explicó:—me bebí el agua de unos cocos y ya ve señor rey, como al mejor mono se le cae el zapote.

Le llegó el turno al rey de proponer sus adivinanzas.

Mandó a quitar a una cerda el rabo, que puso entre una cajita de oro que presentó al Tonto y le preguntó:—¿Adivinás lo que tengo aquí?—El, se rascó la cabeza y al verse en este apuro se dijo en voz alta:—«Aquí fué onde la puerca torció el rabo....»

El rey casi se cae para atrás.

—Muchacho! ¿Cómo has hecho para adivinar?

El Tonto comprendió que había acertado, y como no era tan tonto, dijo haciéndose el misterioso:—eso no se puede decir.... Eso es muy sencillo para mí.

Entonces el rey fué a su cuarto, cogió un grillo que cantaba en un rincón, lo encerró

entre su mano y se lo presentó. ¿Qué tengo aquí?—le preguntó.

El muchacho se puso a ver para arriba y viendo que nada se le ocurría, se dijo en voz alta:—Ah caray! Y en qué apuros tienen a este pobre Grillo (como a él lo llamaban el Grillo....)

El rey se hizo de cruces, la princesa estaba en un hilo y la gente se volvía a ver, admirada.

¡Muchacho de Dios! ¿Cómo has hecho para adivinar?

Otra vez los aires misteriosos para contestar:—muy fácil pero no se puede decir.

Mandó a hacer el rey en un salón, un altar con cortinas de oro y plata, candeleros de oro, candelas de cera perfumada, lleno de flores y de adornos y sin que nadie lo viera, llenó un vaso de estiércol, lo envolvió bien en un paño de oro bordado con rubíes y brillantes y lo colocó en medio del altar. Hizo llamar al Tonto y le preguntó:

—¿A que no me adivinas qué tengo en ese altar?

—¿Qué puede ser? ¿Qué puede ser? pensaba el muchacho sudando la gota gorda. Lo que es ahora sí que no adivino. Lo que me voy a sacar es que me ahorquen. —Luego casi desesperado dijo:—Bien me dijo mi mama que buen adivinador de m.... sería yo.

El rey se quedó en el otro mundo.

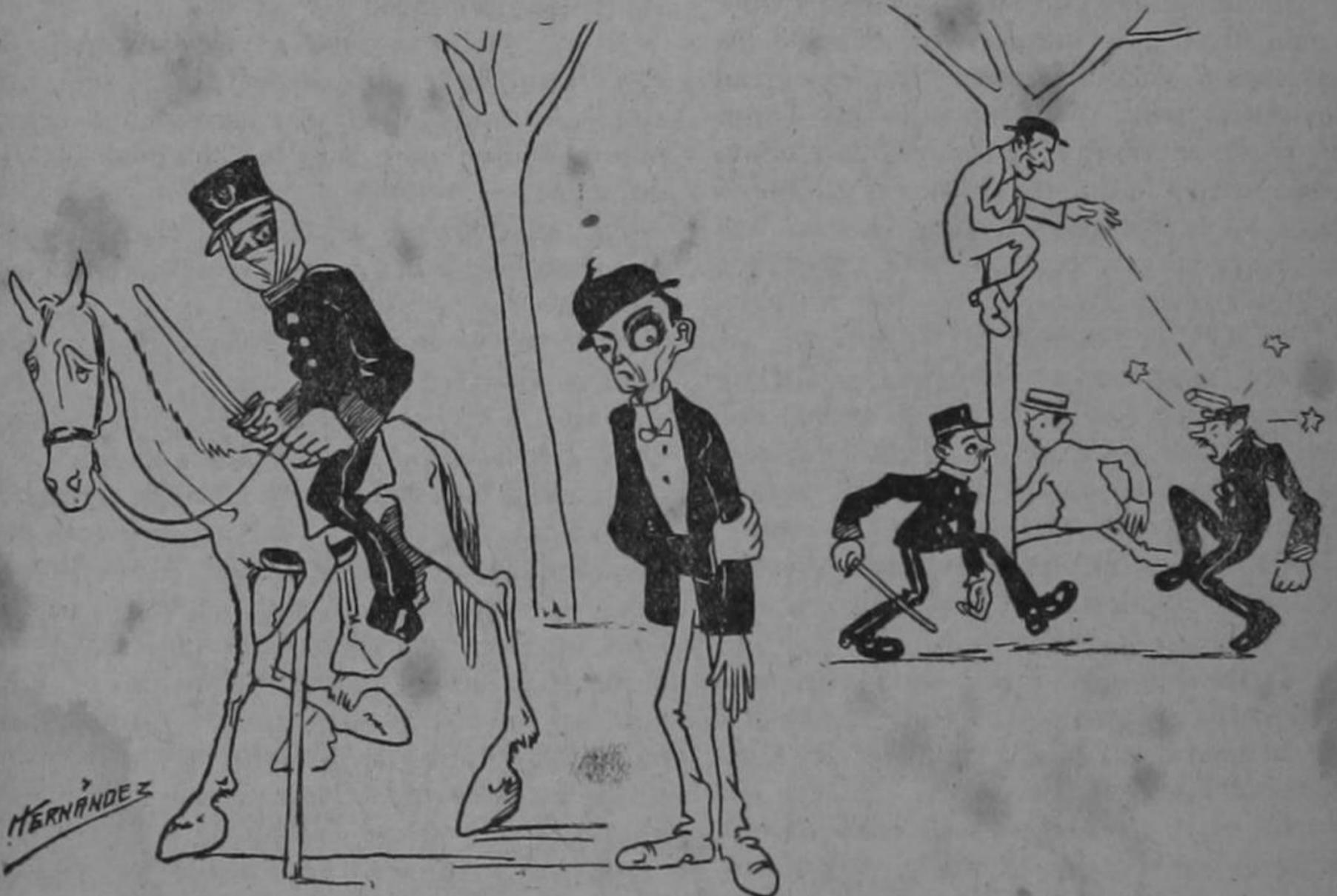
¡Muchacho! ¿Cómo has adivinado? Y él respondió:—Muy fácil! Sí. Así me las dieran todas....

Inmediatamente se comenzaron los preparativos para la boda. La princesa estaba que cogía el cielo con las manos. La pobre no tenía nadita de ganas de casarse con aquel gandumbas.

Llamó al zapatero para que le tomara las medidas a su futuro esposo para unos zapatos de charol, pero le aconsejó que se los dejara lo más apretados que pudiera. Lo mismo al sastre con el vestido y mandó a comprar un cuello bien alto.

Cuando llegó el día del matrimonio, el Tonto fué a vestirse de señor, pero todo fué ponerse aquellas botas de charol y comenzar a hacer muecas. Le pusieron tirantes, el cuello que casi no lo dejaba respirar y las mangas de la leva le quedaban tan angostas que se veía obligado a tener los brazos encogidos, y parecía un chapulín. Pero lo que no se aguantó fué que le pusieran

DE ACTUALIDAD



¡Cómo acaban en San José las manifestaciones!

guantes. Cuando lo vieron fué sacándose la leva y arrancándose el cuello y la corbata y tirándolos por la ventana. Los zapatos de charol fueron a dar a un tejado.

—¡Adió! Caray! gritó al verse libre de todas aquellas tonteras. ¿Yo por qué voy a andar a disgusto?

La princesa que estaba escondida detrás de una cortina, ya no podía de tanto reír.

El muchacho se fué a buscar al rey y le dijo:— Mucho me gusta su hija, pero más me gusta andar a gusto. Me comprometí a casarme con ella si me vestía de señor, pero yo no sé cómo hacen para andar con los pies hechos un garrote, ahorcándose, bien echaos patrás, que les tiene que doler la caja del cuerpo. Prefiero volverme onde mi mama: allí ando yo como me dá mi gana y si me quedo aquí tendré que pasar mi vida como Niño Dios en retoque.

Entonces el rey le dió dos mulas cargadas de oro y el Tonto se volvió a su casa donde lo recibieron muy contentos.

Cuentos recogidos por CARMEN LIRA

Riquezas que Dios da al hombre

Un hombre descontento de su suerte quejábase de Dios.

—¡El buen Dios---decía---manda riquezas a los otros, y a mí no me da nada!

Un anciano oyó sus palabras y le dijo:

---¿Eres tú tan pobre como crees? ¿No recibiste de Dios la juventud y la salud?

---No digo que no, y puedo estar orgulloso con mi fuerza y mi juventud.

El viejo tomó entonces la mano derecha de aquel hombre y le preguntó:

¿Te dejarías cortar esta mano por mil rublos?

---¡No, ciertamente que no!

---¿Y la izquierda?

---Tampoco.

¿Consentirías en quedar ciego por diez mil rublos?

---¡Dios me libre de ello! No daría un ojo por la más bonita suma.

---Ya ves---añadió entonces el anciano---que te quejas en balde, pues el Señor te dió algunas riquezas.

LEÓN TOLSTOY

Pinpín unionista

(Para la encantadora Victoria Bertrand, Hondureña).

El gentil amigo Mendieta lo ha dicho, y cuando él lo ha dicho es porque bien estudiado lo tendría; yo quiero a Costa Rica como una prolongación de mi hogar dichoso y quiero a Centro América como una prolongación de mi Costa Rica incomparable. Y de mi pensamiento tenaz sobre estos cariños sólo mi Pinpín me saca en los pocos ratos que lo tengo cerca de mí. Este mozuelito de siete años, que Dios colocó con toda la mala intención de su omnipotente sabiduría, en medio de la nidada de mi hogar, seguramente con algún doble fin, no puede imaginárselo sino quien lo conozca y lo trate de cerca: es de ojos vivos, de boca adornada con camanances, despobladillo de cejas, rizos suaves pueblan su cabellera, incesante en sus movimientos, ágil, gracioso sin rebuscamiento y con un espíritu tan bondadoso y caritativo, que si como es de niño llega a hombre, hago que los jueces lo declaren pródigo, no vaya a ser que el día menos pensado nos deje hasta sin la urna de los santos o el reloj viejo de la pared. Tratándose de hacer caridades y atenciones a sus amiguitos de las casas pobres de nuestro vecindario, él no tiene miramientos de ninguna especie, regala todo lo suyo y todo lo ajeno que encuentra a comodidad. Cuando llora algún niño de las casas vecinas a la nuestra, Pinpín corre con lo que primero encuentra a mano para consolarlo: ya muchas veces las señoras de las casas cercanas a la nuestra, gentes sencillas y pobres del campo, han venido a devolvernos cosas que a ellas no les son útiles y que Pinpín les regaló. Entre los objetos últimamente devueltos, está un marco de bronce con el retrato de mi amigo Mendieta; en este retrato aparece Mendieta con unos hermosos bigotes que gastaba al frisar en los treinta años, teniendo cerca de sí,—en carácter como de preceptor,—al primero de mis hijos, el reyecito Antonio. Es por cierto un cuadro soberbio y querido, así lo conceptuamos en mi casa y por tal motivo y en tal estima lo guardamos, que siempre luce en la sala principal sobre el piano, como prenda de gran valía. Forman el niño primogénito y su protector un contraste admirable; serio, éste, con sus ojos reveladores de profundo talento; sonriente aquél, con un mirar de ángel; ambos como muy compenetrados uno del otro; ambos como muy distantes, el sol que empieza alumbrar, y el sol que alumbra a plena luz y caldea a pleno ardimiento. Pues esta estimada joya de nuestro hogar es la que el Pinpín travieso encontró muy a propósito para consolar a un pobre chiquitín de camisilla roída y sucia, que lloraba porque su mamá se había ido al trabajo y lo había dejado solo. Bien habría querido yo averiguar las frases de consuelo que le dijo al pobre chiquitín, enseñándole el retrato; seguramente le hablaría de un rey de bigotes que se halló un duendito y que los cogieron presos y los retrataron en la policía, o le hablaría de

que aquel era un señor recogedor de los chiquitos que lloran y que los mata o se los lleva a la luna, o a saber qué ingeniosidades inventaría el diablillo de Pinpín. Lo cierto es que el pobre vecinito llorón se consoló, y cuando por la tarde vino su mamá y le dijo, manchando y tocando repetidas veces con sus manos llenas de tierra el vidrio y marco del retrato, que Pinpín se lo había regalado, la pobre señora, limpiándolo con su delantal, corrió a devolvernoslo con mil excusas. Comentando en nuestra casa, con la mamá y los otros hijos, esta ocurrencia de Pinpín creí de mi deber llamarle la atención, reprendiéndolo con cariño.

Ven acá, Pinpín, le dije:—tú sabes de quién es este retrato y por qué lo queremos tanto?

Este me dijo, señalando la fotografía, es Antonio cuando estaba chiquito, y este otro, el Doctor Mendieta que le enseñó a hacer discursos. Quieres que te diga un discurso del Doctor Mendieta?

—Bueno, pero primero voy a reprenderte, a castigarte, por haber cogido el retrato y haberlo ido a regalar.

—No, pero antes te digo el discurso.

Y no hubo remedio, la figurilla aquella de siete años, se subió sobre una silla, se levantó un mechoncillo de pelo que le caía sobre la frente, y con su vocesita de muñeco de cartón, dijo: «señore, caballero: vengo de Honduras, de Guatemala, del Salvador, de Nicaragua, porque de allí me echaron, llamándome hombre malo, no soy malo, sino que quiero que esos países, con este de Costa Rica, formen una patria bien grande, pero bien grande, que llegue hasta el cielo. Viva Centro América, y Costa Rica y Curridabat».

Viva! se contestó él mismo, brincando y palmoteando con gran gusto y gran contento. Yo reía lleno de entusiasmo, no tanto por el discurso, cuanto por el nuevo partidario de la Santa Causa de nuestra Unión, y naturalmente me faltó el ánimo para reprenderlo. Pinpín, fogoso y alborotero como de costumbre, se disponía a marchar y agarrándolo de su blusilla azul le dije:

—Y qué le decías al chiquillo vecino amigo tuyo, cuando le dabas el retrato?

—Le decía el discurso: con el discurso del Doctor Mendieta consuelo a mis amiguitos cuando tienen ganas de llorar y el pan y las galletas se han concluido.

—Pero si ese discurso es invención tuya.

—No, papá: ese discurso me lo enseñó Antonio cuando yo estaba chiquito: yo soy unionita, lo sé desde que estaba chiquito.

—Chiquito!... y ahora apenas tienes siete años!

LUIS CRUZ MEZA

 LE CONVIENE a usted empastar sus libros en el Taller de Encuadernación de los señores FALCÓ & BORRASÈ, pues los precios son económicos y el trabajo elegante y bien acabado.

Dirección: 7.^a Avenida, Este 42, San José.

PAZ ILUSORIA



—Pues chico, no te asombre
que seamos de distintos pareceres:
la guerra seguirá.... entre las mujeres
que han quedado sin hombre!

 Lecturas, Eos, Renovación y Ediciones Minúsculas
están de venta en la Librería TORMO, al lado de La Magnolia

Los Grandes Pensadores



JOSÉ MARTÍ

Sobrio, casto, modesto, virtuoso en tal medida que Atenas lo hubiera desterrado como a Aristides; teniendo, Quijote sublime, en este fin de siglo el supremo desprecio del oro; al-tivo de abolengo por atavismos de su sangre hidalga; ingenuo como un niño, él que nada ignoraba; sensible con una sensibilidad exquisita, delicada, femenina casi, él, que había de encontrar en la pelea los rugidos de Kléber; de sonrisa dulce y leal y benévola, siempre, jamás burlona; de mirada penetrante y viva, que acariciaba en la plática y relampagueaba en la tribuna; de vasta frente marmórea, como las de Byron y de Goethe. Tal era Martí.

DOMINGO ESTRADA

A través de sus libros

1. La facilidad del trabajo es el principal enemigo de las revoluciones.
2. De la independencia de los individuos depende la grandeza de los pueblos.
3. Venturosa es la tierra en que cada hombre posee y cultiva un pedazo de terreno.
4. La dignidad es como la esponja: se la oprime, pero conserva siempre su fuerza de tensión.
5. Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender.
6. La educación es como un árbol: se siembra una semilla y se abre en muchas ramas.
7. Los ojos de los hombres, una vez abiertos no se cierran.
8. Los mismos padecimientos por el logro de la libertad encariñan más con ella; y el re-

poso mismo que da el mando tiránico permite que a su sombra se acendren y fortalezcan los espíritus.

9. Quien quiera pueblo ha de habituar a los hombres a crear.

10. La independencia de los pueblos y su buen gobierno vienen sólo cuando sus habitantes deben su subsistencia a un trabajo que no está a la merced de un regalador de puestos públicos, que los quita como los da y tiene siempre en susto, cuando no contra él armados en guerra, a los que viven de él.

11. Es la palabra águila que no consiente tener plegadas las alas largo tiempo.

12. Ni religión católica hay derecho de enseñar en las escuelas, ni religión anticatólica.

13. Sea libre el espíritu del hombre y ponga el oído directamente sobre la tierra; que si no hubiera debido ser así, no habría sido puesto en contacto de la tierra el hombre.

14. Savia quieren los pueblos y no llagas.

15. Es estéril el consorcio de dos razas opuestas.

16. La Humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen, para que así se salven todos.

17. Con tanto como se escribe está aún en sus primeros pañales la literatura servicial y fuerte.

18. Los pueblos no se rebelan contra las causas naturales de su malestar, sino contra las que nacen de algún desequilibrio o injusticia.

19. Se nota, después de las guerras, que los que olvidan menos son los menos bravos, o los que pelearon sin justicia y viven en el miedo de su victoria.

20. El silencio es el pudor de los grandes caracteres

21. La queja es una prostitución del carácter.

22. El genio es conocimiento acumulado.

23. Los oradores, como los leones, duermen hasta que los despierta un enemigo digno de ellos.

24. Dos que han pecado juntos, son eternos amigos.

25. No hay viles mayores que los que miran exclusivamente los intereses de la patria como medios de satisfacer su vanidad o levantar su fortuna.

26. Quien ha sabido preservar su decoro sabe lo que vale el ajeno, y lo respeta.

27. Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambian la literatura, la filosofía y la religión, que es una parte de ella.

28. Los hombres abandonan a los que se deciden a vivir sin adularlos.

29. La muerte es una forma oculta de la vida.

30. Una mujer sin ternura ¿qué es sino un vaso de carne, repleto de veneno?

31. Mal va un pueblo de gente oficinista.

32. El que ajuste su pensamiento a su forma, como una hoja de espada a la vaina, ese tiene estilo.

33. El verso se improvisa, pero la prosa no; la prosa viene con los años.

34. Por cada siglo que los pueblos han llevado

cadenas, tardan por lo menos otro en quitárselas de encima.

La niña de Guatemala

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Eran de lirio los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.

Ella dió al desmemoriado
una almohadilla de olor:
él volvió, volvió casado;
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores;
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:
él volvió con su mujer:
ella se murió de amor.

Como de bronce candente,
al beso de despedida
era su frente, ¡la frente
que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos;
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador:
nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!

JOSÉ MARTÍ

El aporte de América a la literatura

¿Qué hemos aportado nosotros, americanos, a la literatura de la lengua castellana? Con más precisión: ¿qué estamos aportando? Porque se comenzará por decir que la garrulería vacua y los pámpanos han privado en las letras americanas durante casi todo el siglo XIX.

Hoy ya es otra cosa.

Para responder a las preguntas iniciales lo mejor sería exponer las virtudes de la literatura española y sus deficiencias.

Pero no escribiéndose esta apreciación para chinos, sino para gentes de letras en lengua de Castilla, la antedicha exposición resulta inútil.

Veamos, pues, cuál sea nuestro contingente al acervo o tesoro común.

En primer término traemos un fermento revolucionario; luego, un vivo amor de la naturaleza, una mayor inteligencia del paisaje, un frescor de montaña, un aliento de pampas y selvas y mares. Maridándose con esto--o independientemente,--traemos el culto de la forma, el amor de las cosas elegantes, una prosa dinámica y unos versos sin la vieja elocuencia campanuda, unos versos descoyuntados, gráciles, ágiles. El color, el matiz es otro aporte nuestro. Y por último debe cargarse en nuestro haber la sensibilidad; es decir, una emoción estética, lo mismo que la ternura y el sensualismo en el arte.

A este último respecto, Manuel Gutiérrez Nájera, por ejemplo, es poeta sin antecesores en castellano.

Al través de cierta nébula de tristezas que envuelve nuestras obras, parece que en ella se descubre el desperezo de una alma nueva, el despertar de una nueva raza, la vibración de un espíritu recién nacido que se produce en una de las más viejas lenguas de Europa, arrancando a este viejo y maravilloso instrumento tonalidades inéditas.

R. BLANCO FOMBONA

CONTRASTES



No entiende don Jerónimo Canessa
Por qué estando la guerra terminada,
Nunca termina la «ofensiva inglesa».

Página femenina



Juegos de niña

Son las cinco de la tarde. La pequeña Catalina recibe sus muñecas: es el día de su santo.

Las muñecas no hablan. El genio que las crió, les otorgó la sonrisa, pero les negó el uso de la palabra. (Esto fué un bien para la sociedad; si las muñecas hablaran, no se oiría sino a ellas).

Sin embargo, la recepción está muy animada. Catalina habla por las muñecas, lo mismo que por cuenta propia. Ella hace a la vez las preguntas y las respuestas.

—¿Cómo sigue usted, señora?

—Perfectamente. Ayer me rompí un brazo al ir a comprar unos pasteles; pero ya estoy restablecida.

—Tanto mejor.

—¿Y cómo sigue la pequeña?

—Está muy acatarrada.

—¡Qué desdicha! ¿Y tose mucho?

—No, señora; es un catarro sin tos.

—Pero ¿no sabe usted, señora?

—¿Qué cosa?

—La semana pasada tuve otros dos hijos.

—¿De veras? Con éstos serán ya cuatro.

—Cuatro o cinco; no lo sé a punto fijo. Cuando se tiene tantos, se olvida una con facilidad.

—Lleva usted un traje magnífico.

—Tengo en casa otros mejores.

—¿Va usted con frecuencia al teatro?

—Todas las noches. Ayer estuve en la Opera. Polichinela no trabajó porque el lobo se lo había comido. Pero creo que trabajará esta noche.

—Pues yo voy diariamente a algún baile.

—Se divertirá mucho.

—Sí, muchísimo. Me pongo un traje azul y bailo con lo mejor de la buena sociedad: con generales, príncipes y confiteros.

—Es usted muy hermosa.

—Lo debo a la primavera.

—Sí, pero ¡qué lástima que esté nevando!

—A mí me gusta mucho la nieve porque es blanca.

—¿Pero hay nieve negra?

—Sí, pero es nieve de mala calidad.

La conversación no puede ser más interesante. Catalina la sostiene con gran viveza. Le haré, sin embargo, una observación: habla sin cesar con la misma muñeca, que es muy hermosa y va admirablemente vestida. Hace muy mal en ello.

Una buena ama de su casa debe ser igualmente amable con todas las invitadas. Debe tratarlas a todas con solicitud, y si se puede establecer alguna diferencia, ha de ser en favor de las más modestas y menos dichosas. Hay que adular la desgracia. Es la única adulación permitida.

Pero Catalina lo ha comprendido perfectamente al fin, adivinando el verdadero sentido de la cortesía. El corazón la inspira.

Sirve el té a las invitadas y no se olvida de ninguna de ellas. Insiste, por el contrario, cerca de las muñecas a quienes tiene por pobres, tímidas y desgraciadas, para que tomen pasteles invisibles, y sandwiches hechos con dominós.

Catalina tendrá algún día un salón, en que florecerá la antigua cortesía francesa.

ANATOLE FRANCE

Te alabo, mujer...

Te alabo, mujer, porque con una mirada puedes robar al arpa toda su riqueza melodiosa, y ni siquiera escuchas sus canciones.

Te adoro, porque pudiendo humillar las cabezas más altivas del mundo, amas a los desconocidos de la tierra.

Me conmueves, porque esos brazos, cuya hermosura diera gloria a un rey, son los esclavos diarios de tu hogar humilde.

RABINDRANATH TAGORE

 MALOS VECINOS, por GEORGE CLEMENCEAU. Editado en *Renovación*. Precio: 30 céntimos. Lo recomendamos.

Escenas de "El Lobo"

Acto I.—Escena III

VIOLETA (*interrumpiendo*).— ...Y no habré de decírtelo? Sí; sería y más que sería te has vuelto.... cómo te dijera.... Pues te has vuelto amiga de que todos te crean.... enamorada!

ODETTE.— ¡Cómo me juzgas, Violeta! Ves lo que te aseguraba y lo que ahora te repito?, que tú eres muy buena, tanto, como el inmenso cariño que te profeso; pero que eres una niña, y muy loquilla... (*la acaricia*). Es así, no es verdad?

VIOLETA.— Pero podrías negarlo, Odette, cuando no sólo yo que para tí soy la loquilla, sino todos los que te conocían, han notado esa extraña transformación?

ODETTE.— Todos?... Bien veo que existe en tí aquel prejuicio de los que en busca de emociones, o más bien, de los que queriendo tener algo de qué hilar a su antojo, se abandonan al comentario; pero en qué forma! No todos van por el camino de la luz; parece que hay algo que sugestiona esos temperamentos maleables y como una bandada de mariposas multicolores pasan por el cielo ¿hacia adonde? Nadie lo sabe, Violeta, nadie, y sin embargo, cuán fácil es encontrarse, bajo un sol de Primavera, sobre un fango, una multitud de mariposas como suspensas por los pesados miasmas.... (*pausa*). Te imaginas que a mis años, cuando todo nos halaga y nos es risueño, podría preferirse la apacible soledad de una noche sin estrellas a la alegría de un cielo donde se incendian las auroras....?

VIOLETA.— Pero si todos lo dicen y hasta lo afirman ¿cómo no quieres que llegue también a pensar que te has tornado adusta, desde que Fernando fué el dueño de tus pensamientos y tus sonrisas?

ODETTE.— Es que tú no lo sabes. Yo cierrro los ojos a plena luz; veo que todo lo que me rodea se sonríe suavemente; pero a pesar de eso, ya lo ves; hay en la vida de los seres como en la vida de las flores, momentos de esplendor que se van para renacer después si hay algo que estimule ese renacimiento de aromas y colores.... (*pausa*). Fernando, sí, Fernando. Esa es la causa. Tú me dices que enamorada me he retraído para pensar en él; pero ellos.... ¿ellos qué dirán? ¿Verdad que tú no lo sabes? ¿Que a tí no te lo dicen?....

VIOLETA.— Sólo eso, Odette; que has cambiado mucho; que pareces retraerte....

ODETTE (*besándola*).— Pobre Violeta mía! Jamás podrás dar a esa palabra todo el significado que tiene para ellos, porque eres santa, y eres buena. No ha pasado por tu frente el vendabal que lleva entre sus pliegues, como alas de gaviotas heridas, girones de honra que arrancó a su paso por donde todo era paz y bienestar, bajo la luz del sol y bajo la mirada de Dios que todo lo sabe y lo juzga....!

VIOLETA.— Me hablas de tal modo, que tus palabras adquieren una clara visión....

ODETTE (*interrumpe abrazándola entre sollozos*).— No continúes, Violeta. Me partiría el alma ver que tú fueras a sufrir por mí. Sé fuerte como yo; piensa en que todos están en acecho de una madeja que hilar, pero eso sí, sé buena, buena siempre como ahora lo eres!

VIOLETA.— ¡Dame un beso, Odette, bésame; ya he aprendido lo que es «retraerse» y quiero decir a todos esa lección que me has enseñado entre abrazos y sollozos....!

JOAQUÍN BARRIONUEVO

1918.

Citado

Para LECTURAS

Día domingo. Lluvioso anochecer aldeano. Estaba con ella a la puerta de la casa. Un cabo pasa a caballo, lo cita y se lo lleva a San José junto con otros. Ella entonces se fué a llorar a la cocina.

Compasiva es la dueña de la casa.

--¿Por qué llora?, le dice a la cocinera.

--¿No ve que se le llevaron al novio?

A ella:

--No llore más,

Ella entonces:

--¿Cómo no he de llorar? Si todo me lo dejó.

Y le mostró a la señora el pañuelo, un vasito de perfume, el paraguas y un puñal.

J. GARCIA MONGE

1918.

Lea los cuadernos de RENOVACIÓN

Altas Letras



El salón de Louissette

El salón presentaba un conjunto complicado y heterogéneo. Las sillas eran según el estilo del siglo XVIII, doradas y con marqueses y marquesas en la seda clara de los asientos. A los pies de una butaca de valetudinario, venía a dormirse la luz que entraba por una ventana, sobre una piel de oso blanco del polo. Sobre el fondo azul de los muros laterales cuatro tapices: uno, imitación de los flamencos del siglo XVI, cuyo tema era una escena pastoril; y los otros tres, de Aubusson, representaban un paisaje de Venecia, el Tiber y Nápoles; y en el muro que hacía frente a la entrada, una copia de un cuadro de Bouguerau: Venus, dormida sobre las espumas del mar, sin nada otra cosa entre sus carnes de nieve y las aguas azules que el manto de sus cabellos rubios; llevada por las ondas como lo sería una camelia que flotara sobre las hojas de su propio ramo.

En un ángulo un gran jarrón japonés, en cuyo esmalte alternaban flores fantásticas, dragones y mujeres de ojos oblicuos y y aire infantil. En otro extremo un grupo de mármol: Eros besando a Psiquis. Por todas partes del salón, multitud de bibelots: puñales raros, retratos en marcos de terciopelo, objetos de marfil, de cristal de Bohemia, esmaltes de Limoges, abanicos japoneses con grullas meditabundas y florescencias extrañas y en el centro un enorme vaso de porcelana, de fondo azul y dibujos de oro; y junto a él, agarrándolo con una mano, y medio sentada en el mismo zócalo del vaso, con todo el aspecto de la vida, una egipcia de unos quince años, de tez bronceada, con aretes de oro y grandes ojos negros, una toca blanca y una camisa abierta en el cuello de modo que se veía hasta el fondo la ondulación que separaba sus dos senos de virgen, y bastante corta para que quedara desnuda a partir de la rodilla, la pierna en que se apoyaba en el suelo, y tras la cual se replegaba, ocultándose su otra pierna. Aquella fellah de bronce parecía desfallecer de amor y de ensueños tristes, lejos de las

riberas del Nilo y bajo la influencia de aquel salón voluptuoso y lánguido.

RICARDO JIMENEZ O.

Mentida grandeza

Un hombre mata a otro para robar; se le detiene, se le aprisiona, se le condena a muerte ignominiosamente, maldito por la multitud, cortada la cabeza sobre el odioso cadalso.

Un pueblo hace una carnicería en otro para arrebatárle sus campos, sus casas, sus riquezas, sus costumbres.

Se le aclama; las ciudades se engalanan para recibir a los que vienen cubiertos de sangre y de despojos; los poetas los cantan en versos embriagadores, las músicas los festejan; hombres con banderas y charangas, doncellas con ramos de flores los acompañan como si acabasen de cumplir la obra de la vida y la obra del amor.

A los que más muertes han hecho, a los que más han robado, se les da títulos rimbombantes, honores gloriosos que deben perpetuar sus nombres a través de los tiempos.

Se dice al presente para el porvenir: «Tú honrarás a este héroe, pues él solo ha hecho más cadáveres que mil asesinos...»

Y en tanto que el cuerpo del obscuro matador se pudre en su sepultura infame, la imagen del que ha matado treinta mil hombres se yergue venerada, en medio de las plazas públicas o bien reposa al abrigo de las catedrales, tumbas de mármol bendito, que guardan los santos y los ángeles. Todo lo que le ha pertenecido llega a ser reliquias sagradas, y van las gentes en peregrinación a los museos para admirar su espada, su cota de malla y el penacho de su casco.

OCTAVIO MIRBEAU

La alhaja maravillosa

Cuando Benvenuto Cellini despachó al matador de su hermano, Clemente VII se incomodó al principio, le mandó al Quirinal y le miró con ojos amenazadores. Cellini sacó de su escarcela un botón de capa pluvial, en el que había grabado, de medio relieve, un maravilloso Dios Padre, sentado sobre un grueso diamante que sostenían

diminutos ángeles. Al instante que el Papa le contempla, su cólera se disipa y su rostro se alumbra como herido por el reflejo de la divina joya. Ya no es un Juez irritado, ni el soberano dispuesto a castigar: es un aficionado idólatra dando vueltas a una alhaja única en sus manos, que tiemblan de entusiasmo.

—Benvenuto mío, aunque hubieras estado dentro de mi pensamiento no me lo hubieras adivinado mejor.

PAUL DE SAINT-VÍCTOR

Ante el ara

He de volverte el beso que me diste. No me atraen los labios provocadores que decretaron mi ruina, labios que mintieron, por cuyas rosas, como entre flores el áspid, brotó el perjurio. No he de beber yo en fuente contaminada. Pero el día en que congregados todos en tu alcoba, con faz atribulada detengan las lágrimas que hinchan y enrojecen los ojos, mientras sobre tu último lecho celebre la muerte sus negras nupcias, y te estreche en su inacabable brazo, allí estaré, enjutos los ojos, en pie, sin escuchar el confuso lacrimoso murmullo de las oraciones, atento sólo al ronco estertor que escape de tu pecho; y cuando todos rompan en desesperado llanto y al clamor de sus deprecaciones se entremezcle la plegaria, yo, que no sé orar, caeré de hinojos ante tu cuerpo, cáliz vacío, depurado por la gran purificadora, juntaré mis labios inertes, y torrente de lágrimas bañará tu rostro.

CÉSAR ZUMETA

Meditación del Tetrarca

Todos aquellos montes que se alzaban en torno suyo, a modo de grandes olas petrificadas; las negras simas que se abrían en los acantilados, la inmensidad del cielo azul, el brillo violento de la luz y la profundidad de los abismos turbaban su alma, invadida juntamente de una especie de desolación ante el espectáculo del desierto, que figura en la confusión de sus terrenos anfiteatros y palacios derruidos. El viento llevaba con el olor del azufre como la exhalación de las ciudades malditas sepultadas más abajo de la ribera que aprisiona las dormidas aguas. Esos signos de una cólera inmortal aterraban su pensamiento, y permanecía de codos sobre la balaustrada, con los ojos fijos y las sienes entre las manos.

GUSTAVO FLAUBERT

La guitarra

Quizá por lo simple de su naturaleza absorbe toda mi atención un sencillo fenómeno de acústica que desde hace unos pocos días se repite en mi cuarto con alguna frecuencia.

En la pared opuesta a la ventana que da a la calle reposa pendiente de un clavo una guitarra de cuerdas tensas que aguarda el retorno de su dueño ausente.

Se abren las maderas del balcón de la casa de enfrente, el canto argentino de una joven atraviesa la calle y entra por mi ventana, entonces una dulce vibración de seda conmueve las cuerdas de la guitarra. Después es el llanto de un niño, los lamentos salvan la ventana y una nueva vibración se columpia con sòn doliente en la caja musical. Más tarde es un trueno que se difunde con brío por el espacio, entonces las vibraciones del instrumento son bravías y potentes.

Observando dentro de mí mismo he advertido en la simplicidad de mi espíritu algo semejante a lo que sucede en la caja musical. El canto de una joven, el llanto de un niño y el grito airado del trueno son cosas que transmiten vibraciones de tonalidad diversa a la guitarra que llena de música mi reino interior.

RUBÉN COTO

Conocimientos útiles

Hay individuos que han adquirido cierta inmunidad respecto al veneno de serpientes.

Conocemos uno de Puriscal, que ha sido mordido según cuenta, ocho veces por diferentes culebras, entre ellas, cuatro, por tobobas chingas y una por una víbora de rabo amarillo. La primera vez que fué picado estuvo a punto de morir, pero en las últimas, apenas tenía durante uno o dos días, una ligera tumefacción en la parte mordida. Este hombre no le tiene miedo a las culebras, juega con ellas.

Contra la mordedura de serpientes hay dos remedios seguros, bien conocidos y que han sido objeto de estudios experimentales, cuyos resultados no dejan duda sobre su eficacia.

Me refiero al permanganato de potasa y al suero anti-ponzoñoso de Calmette. Cuando alguien haya sido atacado por una serpiente, átese inmediatamente alrededor del miembro mordido y hacia arriba de la herida una tira de trapo o pañuelo; hágase con una cuchilla una incisión recta, que una los dos puntitos que marcan la entrada de los colmillos en la piel; apriétense los bordes de la herida para que salga sangre que arrastre el veneno, y échese en ella un poco de permanganato de potasa; colóquese un vendaje. Esta droga se consigue en cualquier botica: cinco céntimos bastan. Es bueno tenerlo a la mano en los lugares apartados de los centros de población.

Si hay médico cerca, éste seguramente inyectará el suero anti-ponzoñoso, que se prepara con el suero de la sangre de un caballo al cual se han inyectado dosis, cada vez mayores, de venenos de serpientes.

DR. CARLOS PUPO

Página Poética



PAISAJES

I

TORMENTA

Erase una caverna de agua sombría el cielo;
el trueno, a la distancia, rodaba su peñón;
y una remota brisa de conturbado vuelo,
se acidulaba en tenue frescura de limón.

Como caliente polen exhaló el campo seco
un relente de trébol cuando empezó a llover.
Bajo la lenta sombra colgada en denso fleco,
Se vió al cardal con vividos azules florecer.

Una fulmínea verga rompió el aire al soslayo;
sobre la tierra atónita cruzó un pavor mortal;
y el firmamento entero se derrumbó en un rayo,
como un inmenso techo de hierro y de cristal.

II

LLUVIA

Y un mimbreral vibrante fué el chubasco resuelto
que plantaba sus líquidas varillas al trasluz,
o en pajonales de agua se espesaba revuelto,
descerrajando al paso su prodigo arcabuz.

Saltó la alegre lluvia por taludes y cauces;
descolgó del tejado sonoro caracol;
y luego, allá a lo lejos, se desnudó en los sauces,
transparente y dorada bajo un rayo de sol.

III

CALMA

Delicia de los árboles que abrevó el aguacero.
Delicia de los gárrulos raudales en desliz.
Cristalina delicia del trino del jilguero.
Delicia serenísima de la tarde feliz.

IV

PLENITUD

El cerro azul estaba fragante de romero,
y en los profundos campos silbaba la perdiz.

LEOPOLDO LUGONES

EL SONETO

Formando sapientísimo engranaje,
catorce versos son una poesía;
y formando tu leve celosía,
catorce espadas son tu varillaje.

Del soneto en el rítmico lenguaje
prisionera te dejó el alma mía,
como dejó el pintor su fantasía
en tu vitela de ideal encaje.

Del soneto las líneas primorosas
como catorce rayas luminosas

van a una idea a sucumbir clavadas;
y de manera igual, bello abanico,
de tus varillas el manojito rico
clava en mi pecho sus catorce espadas.

SALVADOR RUEDA

Fuente de información

Desde el día en que dieron un decreto
ordenando que en toda pulpería
se envuelva con papel la mercancía,
no existe en San José ningún secreto.
Porque los comerciantes, muy taimados,
viendo que el papel blanco está bien caro,
lo que venden lo envuelven, está claro,
con papeles usados.

Si un cinco compra Ud. de cualquier cosa,
(vervigracia, frijoles o rellenos)
de fijo que se lleva, por lo menos,
una carta amorosa.

«Te envío en esas flores las pasiones
más tiernas de mi alma, dulce amada!»
decía una misiva en que mi criada
me trajo envuelto un diez de macarrones.
Ha poco que el tendero Luis Rugama
me dió con un elote,

dos décimas, un poema, un estrambote
tres rimas, un cantar y un epigrama.

En un cinco de dulce, casualmente,
una cartita hallé ¡tan elocuente!

en la que un personaje, que es «de peso»
al Gobierno pedía un puesto eterno,

pero no se lo dieron y es por eso
que hoy habla tempestades del Gobierno.

Compré un chorizo donde don Narciso
y ya quisiera ahora, con premura,

enseñarles a Uds., si es preciso,
la carta de una beata para un cura

que llegó de «envoltura»
y que vale, yo sé, más que el chorizo.

En un tamal asado comfortable
me encontré un importante documento,

en que prestaba al veintidós por ciento
alguien que pasa aquí como honorable.

En dos libras de arroz, hoy me ha llegado
un discursito de don Juan Pilates,

lleno de patriotismo bien fundado,
lleno de eterno amor por el Estado

y lleno ¡claro está!... de disparates.
Y en un quince de harina, doña Pina

me dió en su tienda que hay ahí en la esquina,
una carta de amor, sentimental,

que le mandó un tenorio, que es harina,
según supe después, de otro costal.

Por todo eso es probable que algún día
en cualquier pulpería

el tendero le dé, bastante ufano,
la más sentimental de mi poesía,

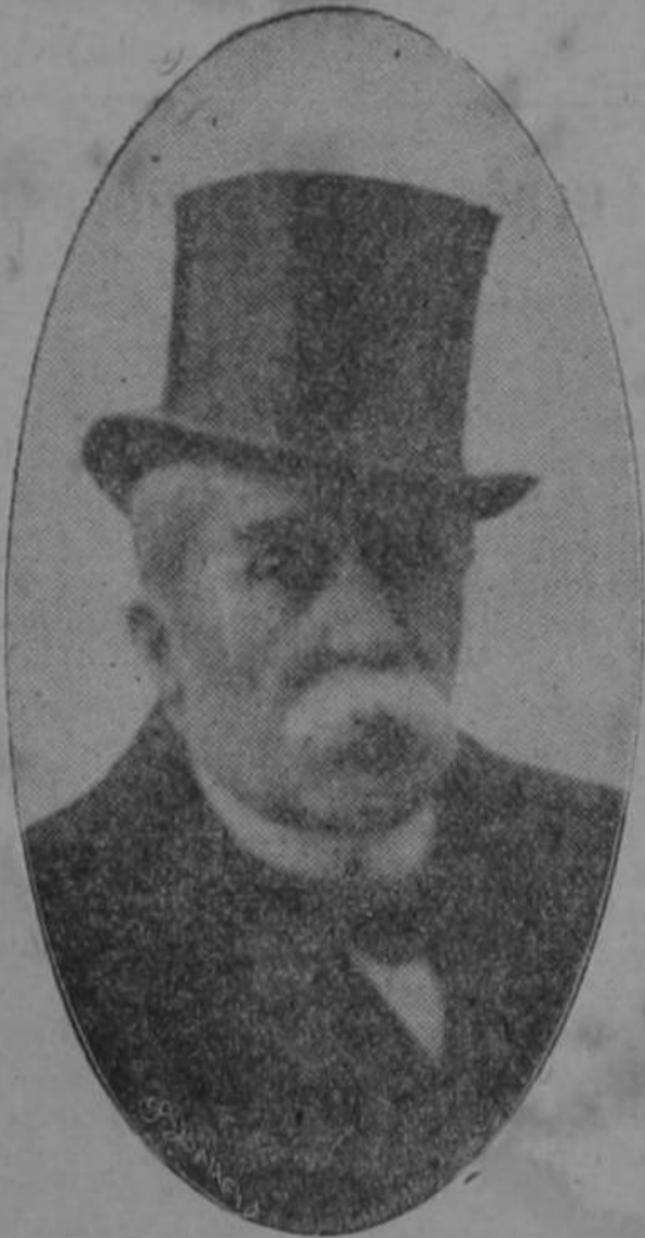
que debe principiar, muy claro y llano,
«Tu eres la vida mía!»

en algún pliego de papel Serrano.

EL DUENDE ROJO

San José, 1918.

Leyendo a Clemenceau



Acabo de cerrar el último volumen de la Biblioteca *Renovación*. Vibran aún los pensamientos de Mr. George Clemenceau incrustados en su prosa variada. Si; es variada, fluida, profunda, enérgica, juguetona, filosófica, fuerte. Tiene todos los matices del Hombre que con Poincaré y Foch, está ejecutando la resurrección del mundo. He leído con fruición las páginas de ese Caudillo civil que en esta hora trágica ha sabido ir del palacio a los campamentos, de los campamentos a las trincheras, y de las trincheras a las líneas de batalla, como llevando en su corazón y en su mirada el corazón y la mirada de Francia. Y solamente he deplorado que sean tan pocos los capítulos del folleto *Malos Vecinos*, porque la prosa de Clemenceau está llamada a la consagración por su forma y por su idea.

La casa editorial Falcó & Borrásé hace obra buena dándonos a conocer, aunque sea en ediciones minúsculas el pensamiento contemporáneo, y sobre todo si ese pensamiento es de hombres de la talla de Clemenceau.

J. DE ABENAMAR

Los espejos de mano, por la facilidad con que se llevan de un sitio a otro, se les suele dejar en lugares donde les hiere directamente los rayos del sol.

Esto es muy perjudicial, porque la luz viva los deteriora rápidamente y adquieren una especie de velo o neblina que impide verse bien en ellos.

De mi libro inédito

"A la claridad de las estepas"

Seamos fuertes siempre, que cada hora de pena tiene, en el curso de la vida, su hora de consuelo.

*

Cuando el corazón humano es sometido a una prueba dolorosa y casi siente el naufragio de la vida, lo único que constituye su salvación es la fe en un ideal.

*

No nos inquietemos demasiado en los días de tremendo dolor, porque después de las horas de pena surgen para las almas atribuladas los resplandores de la esperanza.

*

Todos nuestros actos debemos ceñirlos estrictamente al bien, porque cuanto hagamos malo, tarde o temprano, aparece a la luz del sol.

*

Las almas bondadosas pierden todo su encanto y toda su dulzura el día que dan cabida a la vanidad.

*

Un filósofo ha dicho que ser bueno es lo más difícil en la vida. Es cierto; pero debemos esforzarnos en ser buenos.

*

En la vida debemos estar preparados serenamente para soportar muchos sinsabores; y no es extraño que a veces nos hieran las mismas personas a quienes más apreciamos.

*

—¿Tienes voluntad y decisión?—Los laureles del vencedor serán para ti.

*

La grandeza de los pueblos, así como el triunfo de un solo hombre, depende de su serenidad en sus días dolorosos.

J. DOLS. CORPEÑO

San José, 1918.

La sirena

Había cierta vez un joven que habitaba en una ciudad vecina al mar. Todas las mañanas partía a dar un paseo por las playas y, de regreso, relataba que había visto una sirena, surgida de los profundos palacios de cristal del océano para mostrarse únicamente a sus ojos embelesados... Muchas veces repitió aquel embuste, hasta que cierta madrugada, paseándose por la orilla del mar, vió de improviso una sirena que se columpiaba muellemente en las olas azules y que peinaba su cabellera blonda entretejida de verdes algas, con un peine de oro. Aquel día, al retornar a la ciudad, como alguien le preguntase si había visto de nuevo la sirena, callóse y no quiso responder.

OSCAR WILDE

MENTHOLATHUM

Indispensable en todos los Hogares.
De venta en todas las Boticas.

Imp. Falcó & Borrásé